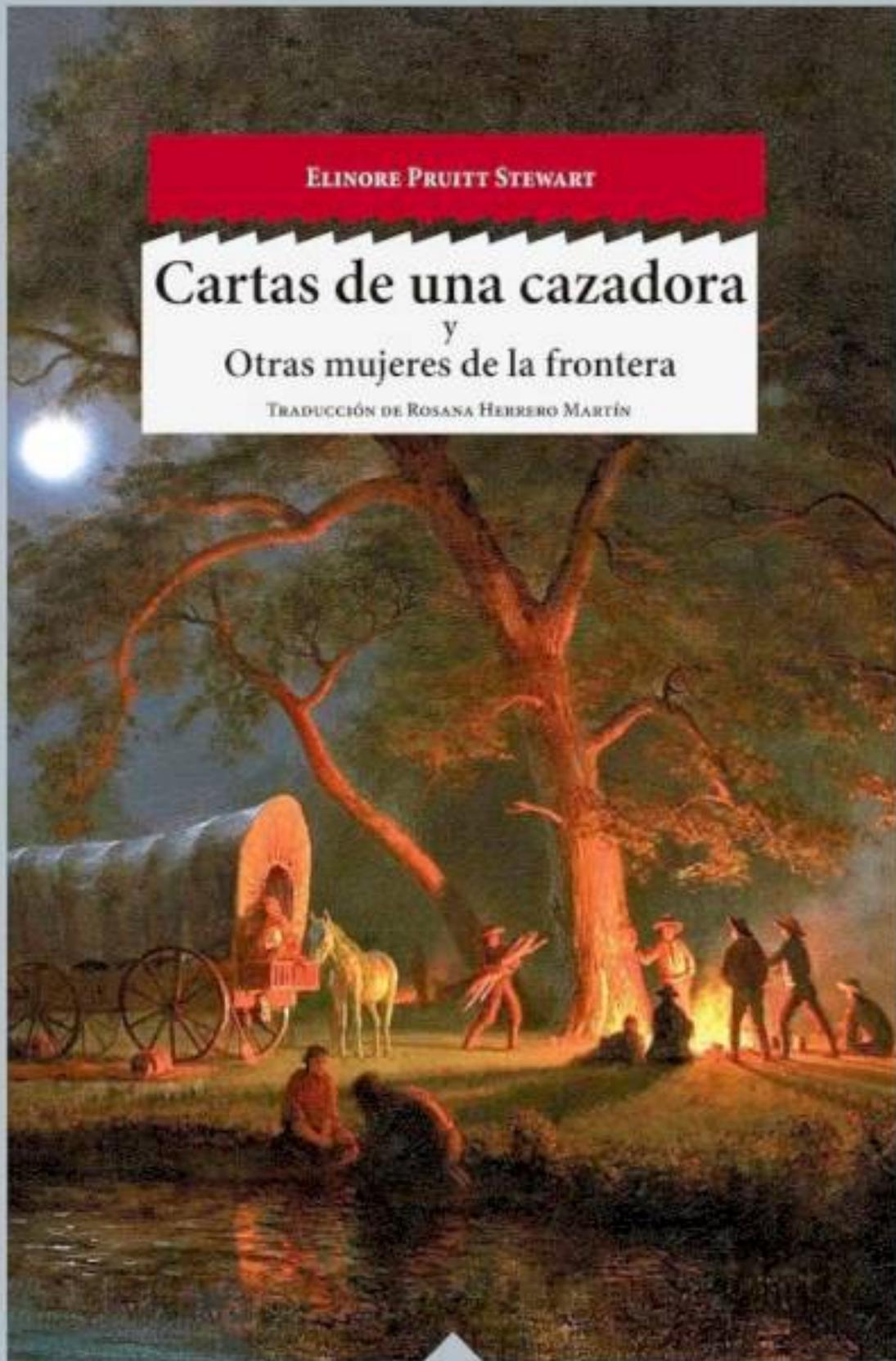


ELINORE PRUITT STEWART

Cartas de una cazadora y Otras mujeres de la frontera

TRADUCCIÓN DE ROSANA HERRERO MARTÍN



Tras sus deliciosas «Cartas de una pionera», esta vecina del salvaje Wyoming de principios del siglo XX nos cuenta ahora su viaje a través del desierto hasta los bosques donde habitan los alces. Indios escapados de su reserva, abuelitas sanadoras o inquietantes cazadores de dientes pueblan su narración a lo largo del camino. «Cartas de una cazadora» es nuevamente un canto a la vida y a la naturaleza que, en esta segunda entrega, se acompaña de Otras mujeres de la frontera, una antología de relatos de escritoras que vivieron en el salvaje oeste norteamericano, desde Calamity Jane y Laura Ingalls hasta Carry A. Nation, la sexagenaria que reventaba tabernas a hachazos en su cruzada contra el alcohol.

PRÓLOGO

La frontera se presta a la ficción. El límite natural y, por tanto, fluctuante entre el mundo estable, conocido y lo que se encuentra más allá está poblado por criaturas y seres excepcionales, da lugar al cambio de orden y a las actitudes sobresalientes. Toda frontera es literatura porque para que esta exista ha de moverse en los resquicios. Incluso aunque la habitemos con experiencias reales, desde palabras y personas reales, la frontera es literatura. «Dondequiera que haya seres humanos hay siempre pequeñas historias», escribe Elinore Pruitt Stewart en la carta final de sus *Cartas de una cazadora*. Y los seres humanos de este volumen, compuesto por el segundo libro de Stewart y por un conjunto de prosas pertenecientes a ese mismo oeste norteamericano, ofrecen historias de las verdaderamente grandes.

Para navegar por ellas, estas palabras introductorias quieren reflexionar entonces sobre la ficción, la biografía, la historia y la naturaleza, sobre el entramado de emoción, relaciones y experiencia que tiene por escenario un tiempo y un espacio históricos concretos: la ocupación de las duras tierras del oeste, toda vez que sus poblaciones originarias han sido erradicadas o controladas en reservas. Para quien conozca la primera parte de la historia de Elinore Pruitt Stewart, sus *Cartas de una pionera* (Hoja de Lata, 2013), el relato no será del todo nuevo pues comparte personajes y, sobre todo, voz. Quien se acerque por primera vez a la figura de esta mujer excepcional, encontrará un mundo fasci-

nante que en esta edición se completa con la segunda parte, *Otras mujeres de la frontera*, en la que la editorial ha querido ofrecernos una mirada panorámica sobre otras autoras contemporáneas de Stewart que también escribieron y vivieron en aquel territorio.

Elinore Pruitt Stewart nació en 1876 en Arkansas pero pasó gran parte de su infancia en Oklahoma. Cuando tenía catorce años, se quedó huérfana y al cuidado de varios de sus hermanos. Se casó y tuvo una hija, Jerrine, pero al quedarse viuda se trasladó a Denver, donde se desempeñó en diversos oficios hasta que, en 1909, decidió aceptar una oferta de trabajo en Wyoming para ocuparse del rancho de Clyde Stewart. Ese mismo año contrajeron matrimonio y ahí comienza su vida como pionera. Si conocemos su experiencia se debe a las cartas que regularmente escribió a su antigua patrona, la señora Coney, quien al considerarlas de interés facilitó su publicación en la revista *Atlantic Monthly*. En 1914 y 1915 fueron publicadas en sendos volúmenes. La autora falleció en 1933 a causa de las heridas que, varios años antes, había sufrido en un accidente en el campo. Pero para entonces ya se había convertido en un personaje indispensable del relato histórico-mítico de la conquista del oeste.

Si *Cartas de una pionera* es el relato de lo cotidiano, *Cartas de una cazadora* nos habla de un peculiar viaje: son las cartas que Elinore escribe a la señora Coney durante una cacería de alces en la que se embarca con otras personas, entre ellas su marido y la entrañable señora O'Shaughnessy («necesitarán a alguien que la mantenga a usted a raya», le explica a Elinore); además de las gentes que las semanas en ruta les deparan. Se trata, pues, de un libro circular en el que nos adentramos como si también fuésemos en la parte de atrás de alguno de los carros de esta peculiar caravana. El propósito del viaje no es baladí: obtener licen-

cias para la caza de estos animales les permite garantizar unos cuantos recursos con los que pasar el invierno: de la carne a las pieles.

Y junto a ese propósito, lo humano: comprobar que su situación no deja de ser de cierto privilegio a pesar de la vida dura que llevan pues a lo largo y ancho del camino encontrarán «muchas casas abandonadas. Esqueletos de la esperanza, eso es lo que son, con sus puertas bostezantes y las ventanas como cuencas sin ojos». Restos de edificaciones que señalan el fracaso de sus habitantes, incapaces de establecerse en las duras tierras del desierto. Habitantes que, en algunos casos, compartirán con el grupo su miseria y su relato pues carecen de dinero hasta para abandonar su empeño.

Una pareja de recién casados, una joven misteriosa que con el paso de los días y la confianza («Ustedes son como esta tierra suya; me han dado de comer, me han cuidado, se han hecho amigas mías, de una extraña, y nunca me pidieron explicaciones») irá desvelando su secreto; el loco Olaf y su búsqueda de pozos, el profesor que llega en tren, la abnegada y firme Connie Williams, los vaqueros que no dudan en proteger al grupo de una estampida, los ovejeros, los pequeños Chico y Nena, la presencia sanadora y sabia de la abuela Mortimer («Nunca tenga miedo de hacerlo lo mejor que pueda.»); preparar en unas horas la casa que habrá de recibir a una madre mucho tiempo añorada; cabalgar a solas con Clyde, echar de menos a su hijo más pequeño y no dejar, en una sola carta, de apresar en palabras la belleza y el temblor del paisaje:

Ay, cómo me gustaría pintarle todo esto. En primer plano debería haber unas vacas camino de casa conducidas por un muchacho descalzo que lleva una escopeta al hombro y un conejo marrón desmayado en la mano. Pero mejor lo dejo a su libre imaginación...

La carta íntima elevada a relato épico. La carta, género menor como el diario, confinado casi de forma general y salvo excepciones, al tocador de señoras. Un detalle pequeño, en la narración de Elinore, que nos revela un rasgo no menor de todas las mujeres del oeste de las que no conocemos sus palabras: «Tiempo después, cuando comparamos nuestras anotaciones»... ella escribe y nos llega, pero también la señora O'Shaughnessy apresada en palabras su vivir. Y aunque le reproche a nuestra pionera que escribir cartas tan largas a la señora Coney para trasladarle su afecto «es un modo bastante penoso de mostrarlo», intuimos en el breve apunte de Elinore la necesidad de la interlocución, de respuesta, de compartir, en suma, la propia vida en un territorio en el que la soledad se negocia a base de café, mesas sencillas dispuestas al viajero ocasional, amor por la música y por escuchar historias.

He señalado antes que desde la publicación de las cartas en la bostoniana *Atlantic Monthly*, la figura de Stewart se convirtió en algo así como un mito viviente: las expertas en la autora nos recuerdan^[1] que esa revista era leída por mujeres urbanas, modernas, deseosas tal vez de mirarse en la vida salvaje de Elinore para dejar volar su fantasía y ampliar los contornos de su mundo. Nos recuerdan también que la autora maneja de forma clara el discurso, arma el relato, nos ofrece una mirada de sí muy concreta y muy consciente, a pesar de su estilo vivo y directo, de cómo pueden recibirse sus textos, de lo que significan. Tal vez por eso no hay en el tono de estas cartas autocompasión o justificaciones: se trata del diálogo que, por virtud de la publicación, pasa a ser otra cosa. Pero en tanto que tal, en tanto que conversación en principio privada, la autora puede mostrarse franca, emocionada o irónica, resuelta y en absoluto pequeña dentro del relato. En ello radica, quizás, junto con el interés de lo narrado, el éxito literario de una correspondencia que se lee con el anhelo que tal vez sintió la destinataria original.

Y como en todo viaje, el relato de Elinore gana en deseos de volver al hogar conforme las piezas cazadas ya están subidas a los carros y comienzan el camino de regreso. Porque «por muy humilde que sea, no hay lugar como la casa de una». ¿Crear una habitación propia en medio del oeste norteamericano? A su manera, algo así componen los dos volúmenes de la pionera; algo así intuimos en el cierre de su segunda colección de cartas: «He conocido de cerca todas las emociones humanas. Nunca habría pensado que conocería a tanta gente, ni que experimentaría esos leves destellos internos que tuve». De esos destellos se compone el relato, el tejido de emociones y experiencias que pone en claro y que reposa en esa carta final, ya en su casa, en el espacio donde está su presente y su pasado: de los niños descansando a los muertos queridos, los animales que han parido en su ausencia, las flores.

Elinore celebra la dicha de la vida en la frontera porque sabe que su experiencia es excepcional. Y así nos la cuenta a través de este viaje por el desierto y la nieve. Nos la cuenta como un relato de confianza en una misma que no hurta la dureza del medio pero es consciente y valora la autonomía de ser dueña del propio trabajo, del suelo que pisa y del techo que la cubre; de su vida, en suma. Esa vida que ha compartido por la vía de hacer presentes a la pléyade de personas que completa su viaje y su cotidianidad. Lo señalaba Laura Sandoval en la introducción a *Cartas de una pionera*: Elinore nos narra el triunfo de la cooperación frente al tradicional relato de éxito individual del hombre frente al territorio.

Esa cooperación se vuelve central cuando hablamos de un viaje en el que los imprevistos son mayores y las situaciones deben resolverse con un golpe de ingenio y sin dramatizar. Esa es una de las lecciones del libro, si queremos extraer de las cartas alguna conclusión personal: ante lo difícil, la autora propone el trabajo y el pensamiento en equipo. La otra conclusión, que es en verdad motor de su obra,

es el placer por contar, el hecho de la escritura como forma de estar en el mundo. Compartir, celebrar, por la vía de las palabras: «no menos bendición todavía, la de poder contarle a usted mi felicidad».

Como complemento mágico al segundo volumen de cartas de Elinore Pruitt Stewart, Hoja de Lata nos ofrece una recopilación de textos en prosa escritos por otras autoras que también habitaron el oeste. Un oeste *femenino* compuesto por personajes que bien podrían haberse escapado del relato de la pionera. Resulta tentador imaginárselos en cualquiera de los lugares que Elinore describe; saber, al terminar el conjunto, que en esa frontera habitan todos ellos. Un pequeño regalo pues muchos de los fragmentos nunca se habían traducido al castellano o están perdidos en ediciones ya agotadas y de difícil acceso, como la correspondencia de la célebre *Juanita Calamidad*.

Tenemos, entonces, una selección también fronteriza que nos acerca a ese mundo desde distintas perspectivas que, de nuevo, juegan con la historia, lo imaginado y la ficción. Históricas son las demandas de emancipación femenina que entona la sufragista Abigail Scott Duniway (1834-1915) desde las últimas décadas del siglo XIX hasta el final de su propia vida. Unas reivindicaciones que tienen un argumento central en el hecho de la frontera: si hay mujeres en lo árido, si hay pioneras, si se levanta vida y se lucha por conquistar y labrar una tierra dura, cómo negar el sufragio, los derechos en el matrimonio, sobre los hijos, sobre una misma. Cómo seguir hablando de debilidad o histeria ante las decenas de Elinore a las que sus discursos se dirigen.

Cómo no aceptar el hecho de lo excepcional ante la vida autoficcionalada de CALAMITY JANE (1853-1903): soldado de fortuna contra las comunidades originarias del oeste, prostituta, lavandera, cocinera, espectáculo cuasi circense del *Wild Wild West*. Sus *Cartas a la hija* nos llevan a lo ínti-

mo pero no retiran la alerta ante las muchas confusiones con las que la propia Jane quiso envolver su biografía. La frontera, tierra de resurgimiento, en la que la existencia se puede reinventar tantas veces como se salga con vida de sus lances; y, en su caso, no fueron pocos.

En el otro extremo, la dulzura mullida de una casa de la pradera en la que LAURA INGALLS (1867-1957) se sitúa en el centro del relato y reviste de literatura sus experiencias de infancia en ese medio oeste, ayudada según se sabe por su propia hija en el proceso de escritura. Y, a pesar de estar destinada a la infancia o de la todavía más edulcorada serie televisiva, su tono de fábula sencilla nos arrulla como lo hacen los relatos de Pa antes de dormir.

WILLA SIBERT CATHER (1873-1947) pone el acento en las vidas que no suceden como se querría. Del mismo modo que Elinore pronostica y desea buenos y felices futuros a las parejas de recién casados que conocemos en sus cartas, Cather nos ofrece la cara amarga de esos hipotéticos desarrollos, la de quienes tal vez no hayan tenido suficiente con el amor para sobrellevar el desierto.

En MARY HUNTER AUSTIN (1868-1934) el protagonista es precisamente ese desierto, el paisaje, la pura naturaleza que se eleva en sus textos y se convierte en un personaje más, no siempre poniéndoselo fácil a quienes transitan por él.

B. M. BOWER (1871-1940) despliega una prosa alejada de cualquier calificación despectiva de «femenina» en su relato «El loco de Jack el Feliciano», invitándonos a reír con la peripecia de mala suerte e ingenio de su protagonista.

HELEN HUNT JACKSON (1830-1885) nos recuerda que lo que para su conciudadanía es frontera, para otros ha sido antes país y territorio. Los fragmentos de su *Un siglo de deshonra* traen a las páginas descripciones de los diferentes pueblos indígenas norteamericanos: costumbres, lu-

chas, padecimientos por la llegada y violencia del hombre blanco, su agua de fuego y sus armas.

Un agua de fuego contra la que también luchó la conocida como CARRY NATION (1846-1911), célebre por destrozarse salones a golpe de hachazo, invocando la prohibición del alcohol e incidiendo en la violencia que para mujeres y criaturas implicaba su consumo excesivo en las duras tierras del oeste. Personaje curioso al que imaginar en los diferentes calabozos que conoció, vendiendo las hachas de sus ataques como *souvenirs* con los que pagar las fianzas, redactando sus proclamas y convirtiendo su causa en un proyecto casi mesiánico.

Abordajes múltiples de un mismo espacio que no es ajeno al poso que en él dejaron estos textos: si algo comparten muchas de las autoras, además del mundo de sus desvelos y ficciones, es el hecho de haber sido celebradas por la vía de dar nombre a colinas, lagos, ríos, riachuelos, fuentes o montes. Así, existen el monte Mary Austin o las cascadas Helen Hunt, y también el manantial Carry Nation, el parque Duniway y las haciendas Elinore Pruitt Stewart y Laura Ingalls Wilder (por cierto, esta última llamó Rose a su hija por los rosales silvestres de las praderas). Y lejos de la asociación fácil y peligrosa entre mujer y territorio, en este gesto de nombrar la tierra como las escritoras que supieron retratarla, encontramos un hito más de esa frontera: hablar de aquello que nos pertenece, a lo que pertenecemos; no dejar de formar parte.

Recorrer esta antología es así un viaje por su desierto, por sus montañas y sus gentes. Y desde esa óptica, desde la mirada de quien se sube a un carromato desvencijado y va recalando en los hitos diversos de ese territorio, he escrito los textos que anteceden cada fragmento seleccionado de la antología *Otras mujeres de la frontera*. Diario de viaje o de lectura, párrafos de carta, notas pequeñas escritas al compás de cada texto; precario pantallazo de una fotogra-

fía naciente voluntariamente contaminado en tono y temperatura.

Cartas, fragmentos de novelas, documentos históricos, proclamas sufragistas, confesiones de una atormentada pero excéntrica madre, relatos de osos y nieve para dormir a dos niñas... En el territorio salvaje y en construcción del oeste, se nos revela la vida en formas diversas. En las ciudades, en los salones, en plena naturaleza, en los mítines o en las estaciones de tren, se confunden Elinore y las demás autoras, sus mundos, sus vidas. Voces que de lejos nos traen el placer nuevo de las historias y experiencias que se cuentan al calor del fuego bien avivado.

ALBA GONZÁLEZ SANZ
Oviedo, febrero de 2014

I

CONNIE WILLIS

Burnt Fork, Wyoming
8 de julio de 1914

Querida señora Coney:

Tengo en la mano su carta del día 4. Lo feliz que me hacen sus cartas; lo feliz que soy también cuando me cuenta cositas.

Tenía intención de escribirle tan pronto como volviera de Green River para hablarle de una muchacha que conocí allí, pero había tanto que hacer que lo fui postergando. Le he descrito el desierto tantas veces ya que tengo miedo de aburrirla, así que dejaré esa parte y le diré que llegué a la ciudad bastante tarde. El personal del hotel estaba cenando en el comedor, pues todos los huéspedes habían salido ya. Y tan contentos interrumpieron su propia comida para poner la nuestra en la mesa.

Hubo alguien que me interesó de manera especial. Era una chica de corta estatura, no sabría decir si era una niña o una mujer. Se me antojaba poca cosa, pero cuando se puso a hablar ya no pensé en nada más que en la música de su voz, era tan apacible, tan rica y dulce de tono, y ella parecía tan pequeña para una voz tan espléndida. Por alguna razón me había imaginado que chillaría como un ratón, pero cada palabra que decía me encandilaba. Antes de terminar la comida supe que era la lavaplatos. El resto del personal había

terminado su trabajo del día, pero ella, claro, tenía que lavar los platos que habíamos usado.

Los demás se fueron a sus cosas y yo, puesto que había sido nuestra tardanza la que la había retrasado, me ofrecí a ayudarla con los platos. No era más que un momento secarlos, así que me puse con ello. Era tan pequeña que tenía que subirse a una caja para poder estar cómoda mientras lavaba los vasos y los platos.

«La pila y la escurridera están hechas para gente de verdad. Yo tengo que subirme a esta caja, de lo contrario el agua me chorrea por las mangas», me dijo.

Mi habitación estaba en el piso de arriba. Me echó una mano con los niños. Me dijo que su nombre era Connie Willis, que era la única hija del «primer hombre de mamá», pero que mamá se volvió a casar después de la muerte de papá y que la segunda tanda fue muy numerosa. Cuando murió, la madre dejó un bebé de apenas unas horas de edad. Como Connie era la mayor de los hijos, se hizo cargo de la casa y del bebito.

Tendría que haber visto cómo se le iluminaba la cara cuando hablaba de la pequeña Lennie: «Lennie tiene ahora ocho años, es la más lista entre las listas y linda como una muñeca. Todos los hijos de Ford son lindos y listos también. Yo soy la única niña canija que tuvo mamá. Tendría que ver a cualquiera de los otros, especialmente a Lennie».

Realmente me vino bien escuchar a Connie, su paciencia y coraje eran de lo más estimulantes. Mientras estuve en la ciudad, vino a verme todos los días al terminar su trabajo para hablarme de Lennie. Para ella no ambicionaba nada. Llevaba ropa limpia, pero no eran sino retales que habían tenido otros dueños: los zapatos no casaban, uno era más grande que el otro. Dijo: «Pensé que se trataba de un golpe de suerte cuando vi que la cocinera siempre gastaba primero el zapato derecho y la muchacha del comedor el izquierdo, porque, verá, me podría quedar con los viejos de ambas y así me ahorraría dos dólares para lo que estoy

ahorrando. Pero no fue tanta la suerte después de todo, aunque sí fue divertido, porque la cocinera lleva tacón bajo y tiene un pie mucho más grande que la muchacha del comedor, que lleva tacón alto. De modo que corté el tacón alto con el cuchillo de carnicero. Y con esto he ahorrado lo suficiente como para comprarle a Lennie un par de zapatos de charol para estrenarlos el 4 de Julio».

Me pareció una ambición ridícula, pero conversaciones posteriores me hicieron avergonzarme de tal pensamiento.

Le pregunté si el padre de Lennie no podía cuidar de ella.

«Bueno», dijo, «Papá Ford es un buen hombre. Tiene buen corazón, pero son tantos chiquillos que hace lo que buenamente puede. Verá», me dijo en un arranque de confianza, «llevo doce años ahorrando para una lápida para mamá, pero tengo que ayudar a papá de vez en cuando y a veces pienso que nunca llegaré a ahorrar lo suficiente. Es un poco complicado con tres dólares a la semana y, encima, soy un tanto extravagante a veces. Siempre he querido tener una muñeca, una bien preciosa. Las Navidades pasadas la conseguí para Lennie. Luego sucede también que me gusta cumplir los deseos de los demás. En eso estoy ahora. Mamá siempre quiso verme vestida realmente guapa al menos una vez, pero siempre fuimos muy pobres y ahora soy demasiado vieja. Aunque siempre me queda Lennie y este 4 de Julio voy a ponerla tan guapa como mamá habría querido verme. En Manila, Utah, donde vive papá, siempre se celebra ese día. Saldré a buscar todo lo necesario. Y, bueno, si mamá está donde pueda ver, verá a una de sus chicas bien vestida por una vez».

«Pero ¿no te equivocas al decir que llevas ahorrando doce años para la lápida de tu madre? Solo lleva muerta ocho».

«En realidad no, no me equivoco. Verá, al principio no era una lápida, sino un tocador con encimera de mármol. Mamá siempre quiso uno a toda costa, pues pensaba que

las tareas de la casa serían mucho más llevaderas si tuviera al menos una cosa bella de la que ocuparse en la casa. Si yo no hubiera sido tan egoísta, habría podido tener su tocador antes de morir. Yo tenía quince dólares, lo suficiente para comprárselo, pero cuando miré en el catálogo para elegir uno me di cuenta de que con quince dólares más podría hacerme con el juego completo. Pensé en lo orgullosa que mamá estaría con un bastidor de cama y un lavabo nuevos, de modo que me dispuse a ahorrar esa cantidad. Pero antes de que lograra ahorrar los quince dólares, mamá se cansó de vivir, de esperar y de privarse de todo. Nunca causó ningún problema mientras vivió, y murió de igual manera.

»Me fueron a buscar al lugar donde trabajaba para que fuera a casa. Acababa de llegar y estaba de pie junto a la cama de mamá cogiéndole la mano cuando ella me dirigió una sonrisa; me entregó a Lennie y luego se giró y suspiró satisfecha. Eso fue todo. Se acabaron los tiempos difíciles para ella.

»Papá Ford quería comprarle un ataúd a plazos, endeudarse con ello, pero a mí me indignaba darle ese trato a mamá, incluso aunque estuviera muerta. Así que le convencí para que pusiera todo el dinero que tuviera para comprar el ataúd y yo puse todo lo que tenía también. De modo que el ataúd en el que yace es suyo propio. No se lo debemos a nadie. A partir de ese momento me quedé en la casa ocupándome de las tareas y del cuidado de Lennie hasta que cumplió los cuatro años. Desde entonces he estado lavando platos en este hotel».

Esta es la historia de Connie. Después de contármela fui donde la casera y le sugerí que ayudáramos un poco con el vestuario de Lennie, pero la mujer me dijo que me mantuviera al margen. «Dudo que Connie aceptara nuestra ayuda y, de hacerlo, cada centavo que aportáramos solo contribuiría a restarle gusto a ella. No ha habido muchos días felices en su vida, pero el 4 de Julio será uno de ellos si noso-